



Diseño del.

Couché, pte. de.

SÓCRATES  
en el cerco de Potidea.

## CAPITULO LXVII.

SÓCRATES.

Sócrates era hijo de un escultor llamado Sofronisco, y de Fenareta, que era partera. Siguió la profesion de su padre, sobresaliendo en ella, pero la dejó al cabo de algun tiempo\*.

Aquellas proporciones bellas, aquellas formas elegantes que el marmol recibe del cincel, die-

\* Sócrates hizo las estatuas de las tres Gracias que estaban en la puerta de la ciudadela de Atenas; las cuales estaban cubiertas con un velo, segun se hacian en aquel tiempo.

ron á Sócrates la primera idea de la perfeccion; y con el tiempo, ampliada mas esta idea; vino á pensar que debia de reinar cierta armonia general entre las partes del universo, y una conexion exacta entre las acciones y los deberes del hombre.

Con la mira de poner en claro estas primeras nociones, se dedicó á todo género de estudios con el ardor y teson de un alma fuerte y ansiosa de saber, fijando su atencion sucesivamente en el examen de la naturaleza, en las ciencias exactas y en las artes de gusto. Vivía en un tiempo en que parecia que el espíritu humano hallaba cada dia nuevos manantiales de luces. Dos clases de hombres habian tomado á su cargo el recogerlas ó el difundirlas: unos eran los filósofos, que los mas pasaban la vida en meditar sobre la formacion del universo, y sobre la esencia de los seres: otros eran los sofistas, quienes con el auxilio de algunas nociones superficiales, y de cierta elocuencia pomposa, se entretenian en discurrir sobre todos los objetos de la moral y de la politica, sin aclarar ninguno.

Sócrates asistió á oír á unos y otros, admiró el talento que mostraban, y se instruyó con los extravíos de ellos. Oyendo á los primeros, advirtió que al paso que adelantaba en la carrera, se condensaban mas las tinieblas en torno de él, cono-

ciendo entonces que la naturaleza nos concede sin dificultad los conocimientos de primera necesidad; pero que hay que sacarle con violencia los que son menos útiles, y nos niega rigurosamente todos los que no servirian sino para satisfacer la inquietud de nuestra curiosidad. Juzgando pues de la importancia de ellos por el grado de evidencia ó de oscuridad que los acompaña, tomó la determinacion de renunciar al estudio de las causas primeras, y dejar á un lado esas teorías abstractas, que solo sirven para martirizar ó extraviar el entendimiento.

Si tuvo por inútiles las meditaciones de los filósofos, todavía le parecieron mas dañosos los sofistas, en cuanto defendiendo cualquier doctrina sin adoptar ninguna, introducian la libertad de dudar en las verdades mas esenciales al sosiego de las sociedades.

De sus indagaciones infructuosas sacó por consecuencia, que el único conocimiento necesario á los hombres, era el de sus deberes, y la única ocupacion digna del filósofo, la de instruirlos en ellos; y sujetando al examen de la razon las relaciones que tenemos con los dioses y nuestros semejantes, se atuvo á aquella teología sencilla, cuya voz habian escuchado tranquilamente las naciones por una larga sucesion de siglos.

Veis ahora los principios que adoptó Sócrates.

La sabiduría suprema conserva en eterna juventud el universo que ha formado: invisible en sí misma la anuncian con magnificencia las maravillas que produce: los dioses extienden su providencia á toda la naturaleza, y estando presentes en todo lugar, lo ven todo y lo oyen todo. Entre la infinidad de seres que han salido de sus manos, el hombre, que se distingue de los demás animales por ciertas calidades eminentes, y sobre todo por aquella inteligencia capaz de concebir la idea de la divinidad; el hombre, repito, fué siempre el objeto de su amor y de su predilección, y continuamente le están hablando en boca de estas leyes soberanas, que han grabado en su corazón: « prosternaos delante de los dioses: honrad vuestros padres: haced bien á los que os hacen bien. » Igualmente le hablan por medio de los oráculos esparcidos por la tierra, y valiéndose de una multitud de prodigios y presagios, que son indicios de su voluntad.

No se queje pues nadie del silencio de los dioses, ni diga que su grandeza no les deja bajarse hasta nuestra flaqueza, pues si su poder los pone tan distantes de nosotros, su bondad nos aproxima á ellos. ¿Y qué es lo que exigen? El culto establecido en cada comarca: las oraciones, que han de ceñirse á pedirles su protección de un modo general: ofrecer sacrificios en que la pureza del corazón esmas esencial que la mag-

nificencia de las ofrendas, pues seria menester renunciar á la vida, si los sacrificios de los malvados les fuesen mas gratos que los de los hombres de bien. Todavía exigen mas: los honra el que los obedece; y los obedece el que es útil á la sociedad. El hombre que se desvela por la felicidad del pueblo; el labrador que hace la tierra mas fértil, y todos los que cumplen puntualmente sus obligaciones, rinden á los dioses la ofrenda mas grata; pero es menester que sea continua, pues su patrocinio es el premio de la piedad fervorosa, acompañada de esperanza y confianza. No debemos emprender ninguna cosa de importancia sin consultar á los dioses; no hagamos nada que sea contrario á sus órdenes, y tengamos en la memoria, que la presencia de los dioses alumbra y ocupa los parages mas oscuros y mas solitarios.

Sócrates no declaró su modo de pensar acerca de la naturaleza de la divinidad; pero se explicó siempre con claridad acerca de su existencia y su providencia: verdades de que estaba intimamente convencido, y las únicas que le fué posible é importante alcanzar. Reconoció un Dios único, autor y conservador del universo, y otros dioses inferiores al primero, formados por su mano, dotados con parte de su poder, y dignos de nuestra veneración. Penetrado del mas profundo respeto al Soberano del universo, se hu-

biera prosternado donde quiera ante él, y donde quiera hubiera reverenciado á sus ministros, bajo cualquier nombre que se les invocase, con tal que no se les atribuyese ninguna de nuestras flaquezas, se desviasen de su culto las supersticiones que lo desfiguran, y se despojase á la religion de las fábulas que autoriza, segun parece, la filosofia de Pitágoras y de Empédocles. Creia que las ceremonias podian variar en distintos pueblos; pero debian estar autorizadas por las leyes, y acompañarlas la pureza de la intencion.

Sócrates no se dedicó á indagar el origen del mal que se descubre, así en lo moral como en lo fisico; pero conoció los bienes y los males que constituyen la felicidad é infelicidad del hombre, y en este conocimiento fundó su moral.

El verdadero bien es permanente é inalterable: llena el alma sin extenuarla, y la pone en profunda tranquilidad respecto á lo presente, y en plena seguridad respecto á lo futuro. Así pues no consiste este bien en el deleite, ni en el poder, ni en la salud, la riqueza, ni los honores; porque estas ventajas, y todas las que mas incitan nuestros deseos, no son bienes por sí mismas, dado que pueden ser útiles ó nocivas, segun el uso que se hace de ellas, ó segun los efectos que traen consigo; viniendo unas acompañadas de dolores, otras seguidas de sinsabores

y remordimientos; y todas se desvanecen desde el punto en que se abusa de ellas, como tambien cesa el gozar de ellas desde el instante en que se teme perderlas.

Tampoco tenemos ideas mas exactas de los males que tememos; y así es que hay algunos como el descrédito, las enfermedades y la pobreza, que no obstante el terror que causan, traen á veces mas utilidad que la reputacion, las riquezas y la salud. De esta manera se halla nuestra alma en medio de objetos, de que no conoce la naturaleza; anda vacilante é incierta, sin poder discernir sino con la ayuda de alguna debil y escasa luz, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo honesto y lo deshonesto; y como todas nuestras acciones dimanen de la deliberacion, y esta es mas ciega en razon de su importancia, estamos continuamente expuestos á caer en los lazos que nos rodean; de lo cual vienen tantas contradicciones en nuestra conducta, tanta fragilidad en las virtudes, y tantos sistemas de felicidad como han venido al suelo.

Sin embargo de esto, los dioses nos han dado una guia para que nos dirija por estos caminos inciertos: esta guia es la sabiduria, que es el mayor bien, así como la ignorancia es el mayor mal. La sabiduria es una razon clara, que nos muestra los objetos de nuestros temores, y de nuestras esperanzas, como ellos son en sí, des-

nudos de los colores falsos, y ademas de dar estabilidad á nuestros juicios, determina nuestra voluntad por sola la fuerza de la evidencia.

Con la ayuda de esta luz viva y pura es justo el hombre, porque está íntimamente persuadido de que su interes es obedecer á las leyes, y no hacer daño á nadie: es frugal y templado, porque ve claramente que el exceso de los placeres ocasiona el perdimiento de la hacienda y de la reputacion juntamente con la salud: es animoso, porque conoce el peligro, y que es menester arrojarse. Del mismo principio dimanar sus demas virtudes, ó por mejor decir todas ellas no son otra cosa que la sabiduria aplicada á las diferentes circunstancias de la vida.

De esto se sigue que toda virtud es una ciencia, que se aumenta con el ejercicio y la meditacion: todo vicio es un error, que por su propia naturaleza, debe producir todos los demas vicios.

Este principio, materia de disputas aun en nuestros dias, tenia contrarios en tiempo de Sócrates. Veis aquí lo que le decian: debemos quejarnos de nuestra flaqueza, y no de nuestra ignorancia, y si obramos mal no es por falta de conocerlo. A esto respondia Sócrates: no lo conocéis; y seguramente huiriais del mal si lo creyeseis tal; pero lo preferis al bien, porque os parece un bien mayor.

A esto replicaban diciendo: esa preferencia la

condenamos antes y despues de la acción; pero hay momentos en que el atractivo del deleite nos hace olvidarnos de nuestros principios, y no nos deja ver lo venidero. Y sobre todo, ¿podemos extinguir las pasiones que nos esclavizan contra nuestra voluntad?

Si sois esclavos, respondia Sócrates, no teneis que contar con la virtud, ni por consiguiente con la felicidad. La sabiduria, que es lo único que puede proporcionarla, no deja oír su voz sino á hombres libres ó que se esfuerzan por serlo. No exige, para restituiros la libertad, mas que el sacrificio de las necesidades que no ha dado la naturaleza: al paso que uno recibe y medita sus lecciones, sacude mas fácilmente todas esas servidumbres, que ofuscan y oscurecen el entendimiento; porque la tiranía de las pasiones no es lo que se debe temer, sino la de la ignorancia, que es quien os entrega en manos de ellas exagerando su poderío; y así en destruyendo su imperio, vereis desaparecer esas ilusiones que os deslumbran, y esas opiniones confusas y veleidosas que tomáis por principios. Entonces es cuando el lustre y belleza de la virtud, hacen en nuestras almas tal impresion, que no pueden resistir al atractivo imperioso que las violenta, pudiendo entonces decirse que no tenemos la facultad de ser malos, porque jamas tendremos la de preferir, á sabiendas, el

mal al bien, ni aun el provecho menor á otro mayor.

Imbuido Sócrates de esta doctrina, concibió el designio, tan extraordinario como importante, de destruir, si todavía era tiempo, los errores y preocupaciones, que son la desdicha y el oprobio de la humanidad. Vióse pues un simple particular, sin nacimiento, sin nombre, sin mira ninguna de interes, ni deseo ninguno de gloria, tomar sobre sí el duro y peligroso cuidado de instruir á los hombres, y llevarlos á la virtud por medio de la verdad: viósele consagrar su vida, todos los instantes de ella, á este glorioso ministerio, practicarlo con la eficacia y la moderacion que inspira el amor ilustrado del bien público, y mantener, del modo que le era posible, el imperio vacilante de las leyes y las costumbres.

Sócrates no pensó en entrometerse en los negocios del gobierno: mas nobles funciones eran las que tenía que desempeñar. Formando buenos ciudadanos, decia, multiplico los servicios que debo á mi patria.

No siendo su objeto, ni anunciar su proyecto de reforma, ni acelerar la ejecucion de él, no compuso obra ninguna, ni hizo alarde de reunir á sus oyentes en horas señaladas; sino que en las plazas, en los paseos públicos, en las concurrencias distinguidas, y en medio del pueblo,

aprovechaba cualquier ocasion para instruir en sus verdaderos intereses al magistrado, al artesano, al labrador, y en una palabra á todos sus hermanos; pues bajo este aspecto miraba á todos los hombres\*. La conversacion empezaba por cosas indiferentes; pero paulatinamente y sin advertirlo, le daban cuenta de su conducta, y los mas aprendian con admiracion, que en cada estado consiste la felicidad en ser buen padre, buen amigo y buen ciudadano.

Sócrates no se lisonjaba de que los Atenien- ses gustasen de su doctrina, en tiempo que la guerra del Peloponeso traia inquietos los ánimos y los habia hecho en extremo licenciosos; pero presumia que sus hijos serian mas dóciles, y la trasmitirian á la generacion siguiente.

Sócrates procuraba atraerlos con lo sabroso de su conversacion, y á veces acompañándolos en sus diversiones, bien que sin tomar parte en sus excesos. Uno de ellos, llamado Esquines, despues que lo hubo oido, exclamó: «Sócrates, «yo soy pobre, pero me entrego enteramente «á vos; y esto es lo que puedo ofrecer. — No «sabeis, le respondió Sócrates, cuán bello es el «don que me haceis.» Su primera diligencia era

\* Sócrates decia: yo soy ciudadano del universo. Aristipo: yo soy forastero en todas partes. Estas dos proposiciones bastan para caracterizar al maestro, y al discípulo.

descubrirles el genio : ayudáales con sus preguntas á dar á luz sus ideas, y con sus respuestas los obligaba á desecharlas. Las definiciones exactas disipaban poco á poco los conocimientos falsos que habian adquirido en la primera enseñanza; y las dudas presentadas con maña, les aumentaban la inquietud y la curiosidad; porque lo principal de su arte fué siempre traerlos al punto de no poder sufrir ni su ignorancia, ni sus flaquezas.

Muchos de ellos no pudieron aguantar esta prueba, y avergonzados de su situacion, sin tener valor para salir de ella, dejaron á Sócrates, quien no se tomó la molestia de buscarlos. Los demas aprendieron en su humillacion á desconfiar de si mismos; y desde aquel mismo instante no volvió á poner lazos á su vanidad. No les hablaba con la rigidez de censor, ni con la altivez de un sofista : nunca les reprendia con amargura, ni les daba quejas importunas, y siempre oian el lenguaje de la razon y la amistad en la boca de la virtud.

Ponia mucho estudio en formarles el entendimiento, porque cada precepto debia estribar en algun principio : ejercitábalos en la dialéctica porque tenian que rebatir los sofismas del deleite y de las demas pasiones.

Nunca hubo un hombre menos sujeto á la envidia. Si algunos querian tomar una ligera tin-

tura de las ciencias exactas, les indicaba cuáles eran los maestros que juzgaba mas inteligentes que él. Si deseaban asistir á otras escuelas, él mismo los recomendaba á los filósofos, á quienes daban la preferencia.

Sus lecciones venian á ser unas conversaciones familiares, en que las circunstancias suministraban la materia : unas veces leia con sus discípulos los escritos de los sabios que le habian precedido; volviéndolos á leer porque sabia que para perseverar en el amor del bien, suele ser menester convencerse de nuevo de las verdades de que está uno convencido : otras veces discurria sobre la naturaleza de la justicia, de la ciencia y del verdadero bien. ¡Perezca, exclamaba entonces, la memoria del primero que se atrevió á hacer distincion entre lo justo y lo útil ! Otras veces les explicaba mas á la larga las relaciones que unen entre si á los hombres, y las que tienen con los objetos que los rodean. Sumision á la voluntad de los padres, por mas dura que sea; sumision mas completa á las órdenes de la patria por severas que sean; igualdad de ánimo en la prosperidad y en la adversidad; obligacion de ser útiles á los hombres; necesidad de mantenerse en estado de guerra con las pasiones propias, y en estado de paz con las ajenas; estos puntos de doctrina los exponia Sócrates con tanta claridad como exactitud.

De aquí resultaba la exposicion de una multitud de ideas nuevas para los oyentes; y de ahí nacieron varias máximas que nos han quedado de él; y veis aquí algunas de ellas, las primeras que me ocurren : mientras menos necesidades tiene uno, mas se aproxima á la divinidad : la ociosidad envilece, y no el trabajo : una mirada que se detiene con gusto en la belleza, introduce en el corazon un veneno mortal : la gloria del sabio consiste en ser virtuoso sin hacer alarde de parecerlo, y su deleite en serlo todos los dias cada vez mas : mejor es morir con honor, que vivir con ignominia : no se debe dar mal por mal. Finalmente, una de las verdades mas espantosas, en que Sócrates insistia mas, es que la mayor impostura es el pretender gobernar y regir á los hombres, sin tener los conocimientos necesarios.

Y en efecto, ¿ cómo no habia de escandalizar la presuncion de la ignorancia á un hombre que á fuerza de conocimientos y de tareas, apenas se creia con el derecho de confesar que no sabia nada : á un hombre, que veia conseguir los empleos mas importantes por el favor ó la maña, y confiarlos á gentes sin luces, ni probidad; que veia en la sociedad, y en lo interior de las familias, oscurecidos todos los principios, y olvidados todos los deberes; y en la juventud de Atenas veia la altivez y la frivolidad, con una presun-

cion sin limites, y una incapacidad igual al orgullo?

Sócrates, siempre atento á desbaratar la alta opinion que tenian los mozos de sí mismos, leia en el interior de Alcibiades el deseo de estar cuanto antes al frente de la república; y en el de Critias la ambicion de subyugarla algun dia. Ambos, distinguidos por su nacimiento y riquezas, procuraban instruirse para poder mas adelante hacer ostentacion de su saber á los ojos del pueblo; pero el primero era mas de temer por cuanto reunia á estas ventajas otras prendas muy amables. Sócrates, luego que logró la confianza de él, le hacia llorar, ora por su ignorancia, ora por su vanidad; y en tal confusion de pensamientos, confesaba el discípulo, que no podia ser dichoso con tal maestro, ni sin tal amigo. Para librarse de la seduccion, determinaron al fin Alcibiades y Critias de retirarse de la presencia de Sócrates.

Otros triunfos de menos lustre, pero de mas duracion, aunque no le aliviaban esta pena, le indemnizaban de sus desvelos. Desviar de los empleos á los discipulos, que todavia no tenian bastante experiencia; inclinarlos á ellos cuando no los solicitaban por indiferencia, ó por modestia; reunir á los que estaban enemistados; poner paz en las familias, y orden en sus casas; hacerlos mas religiosos, mas justos y mas mode-



rados; tales eran los efectos de aquella persuasión suave que introducía en los ánimos, y tal era el deleite que enagenaba el suyo.

Todo ello no lo debió tanto á sus lecciones como á su ejemplo; pues era difícil que ninguno le tratase sin hacerse mejor, como lo prueban los hechos siguientes en razon del caracter y costumbres de Sócrates. Nacido con suma propension al vicio, fué su vida el modelo de todas las virtudes; y sea que la violencia del caracter parezca lo mas difícil de corregir, ó que se lo disimule uno mas fácilmente, lo cierto es que le costó mucho reprimir este defecto, aunque mas adelante tuvo una paciencia invencible. El mal genio de su muger Xantipa no alteró nunca la quietud de su alma, ni la serenidad que se descubria en su frente. Un dia levantó la mano á un esclavo; pero se detuvo diciéndole: ¡si no fuera porque estoy enfadado....! Tenia pedido á sus amigos que le avisasen si le notaban alguna alteracion en el semblante ó en la voz.

No obstante el ser muy pobre, no recibió estipendio ninguno por la enseñanza, ni aceptó nunca las ofertas de sus discípulos. Algunas personas ricas de la Grecia, le instaron para que se viniese á sus casas, pero no lo admitió; y cuando Arquelao, rey de Macedonia, le ofreció destino en su corte, tampoco lo recibió, pre-

textando que no podía volverle beneficio por beneficio.

Sin embargo de eso, no andaba desaliñado en lo exterior, aunque siempre daba indicios de la mediania de su suerte. Este aseo era correspondiente á las ideas de orden y decencia que dirigian sus acciones; y el cuidado que tenia de su salud, lo era al deseo que tenia de conservar el ánimo desembarazado y tranquilo.

En aquellas comidas en que la diversion llega á veces á ser licencia, admiraron sus amigos su frugalidad; y en su conducta respetaron sus enemigos la pureza de sus costumbres.

Sócrates sirvió en varias campañas, y en todas dió ejemplo de valor y de obediencia. Endurecido de largo tiempo á las necesidades de la vida, y á la intemperie de las estaciones, se le vió en el cerco de Potidea, mientras el rigor del frio tenia á las tropas metidas en sus tiendas, salir de la suya con el mismo vestido que llevaba en todo tiempo, y sin tomar ninguna precaucion andar descalzo por el hielo. Los soldados le imputaron la intencion de motejarlos de delicados; pero Sócrates hubiera hecho lo mismo aun cuando no hubiese habido quien le mirase.

En aquel mismo cerco, habiendo hecho una salida la guarnicion, encontró Sócrates á Alcibiades, lleno de heridas, le sacó de las manos del enemigo, y algun tiempo despues hizo darle

el premio del valor , á que él mismo se habia hecho acreedor.

En la batalla de Delio fué de los últimos á retirarse , viniendo al lado del general , á quien ayudaba con sus consejos , y andando poco á poco siempre defendiéndose , hasta que viendo á Xenofonte , mozo todavía , cansado en extremo , y caido del caballo , se le echó al hombro , y le puso en salvo. Laques , que este era el nombre del general , confesó despues que estaba cierto de haber ganado la victoria , si todos se hubiesen portado como Sócrates.

Este brio mismo le acompañaba en otras ocasiones tal vez mas peligrosas. Hallábase de senador , cuya dignidad debió á la suerte , y como tal presidia con algunos otros individuos del senado , el congreso del pueblo donde se habia presentado cierta acusacion contra unos generales que habian alcanzado una victoria señalada , y se habia propuesto seguir el juicio de un modo tan defectuoso por su irregularidad , como funesto á la causa de la inocencia. La multitud se sublevaba á la menor contradiccion , y pidió que los que se opusieran , se tuviesen y pusiesen entre los acusados. Intimidados todos los presidentes aprobaron este decreto , solo Sócrates , intrépido en medio de los clamores y las amenazas , protestó que habiendo hecho juramento de juzgar conforme á las leyes , ninguno

le forzaria á violarlo ; y en efecto no lo hizo.

Sócrates solia divertirse hablando de la semejanza que tenia con el dios Sileno. Era de ingenio ameno y jovial ; de caracter sólido y firme ; y dotado de particular habilidad para hacer sensible é interesante la verdad : no gastaba adornos en sus discursos ; pero solia haber elevacion en ellos , y siempre propiedad en las palabras , como tambien enlace y exactitud en las ideas. Decia que Aspasia le habia dado lecciones de retórica ; con lo cual queria acaso dar á entender , que habia aprendido al lado de ella á producirse con mas gracia. Tuvo en efecto amistad con esta muger célebre , y tambien con Pericles , Euripides , y los hombres mas sobresalientes de aquel siglo ; pero sus verdaderos amigos fueron sus discípulos : ellos eran los que le adoraban , y yo he visto algunos , mucho despues de la muerte de su maestro , que se enternecian al oír su nombre.

Cuando Sócrates conversaba con sus discípulos , les solia hablar de cierto genio que le acompañaba desde su infancia , y sus inspiraciones no le inducian jamas á emprender nada , antes bien le solian detener cuando estaba á punto de ejecutar. Si le consultaban sobre alguna cosa que habia de tener mal fin , oía la voz interior ; pero si habia de salir bien , entonces guardaba silencio. Uno de sus discípulos , maravillado de oír este lenguaje tan nuevo , le instó á que se